

IGLESIA DIOCESANA

OBISPO

DECRETOS



LEONARDO LEMOS MONTANET
OBISPO DE OURENSE

Prot. 774/2021

**NOS EL DR. D. JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OURENSE**

Acogiendo con el favor de Dios las solicitudes que se me han presentado acerca de la celebración de la *Solemnidad de Jesucristo "Divino Maestro"*, que en nuestra Diócesis es solemnidad para la *Familia de Misioneras del "Divino Maestro"* y *Cooperadoras Seglares del "Divino Maestro"*, así como en nuestro *Seminario Mayor* y el *Instituto Teológico* que también están encomendados a este advocación del Señor, tan querida por mi predecesor, el Venerable Siervo de Dios, Mons. Blanco Nájera. Teniendo en cuenta que el día 12 de noviembre, en el Calendario general de la Iglesia se propone la memoria obligatoria de san Josafat, obispo y mártir: Después de haberlo consultado

DECRETO

Que a partir del próximo día 11 de noviembre de 2021, *esta fiesta del Señor, bajo la advocación del "Divino Maestro"*, pueda ser celebrada por todo los sacerdotes de esta Diócesis, que así lo desearan, utilizando para ello el oficio propia de la "Solemnidad de Jesucristo "Divino Maestro" (*Congregacion del Culto Divino, Ritual. Solemnidad de Jesucristo "Divino Maestro"*, prot. 528/94 L, 10 de junio de 1994) y, si no pudieran conseguir el propio litúrgico de esta fiesta, podrán utilizar para la celebración de la Eucaristía el formulario de la *Misa votiva "De nuestro Señor Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote"* (n. 3) de las Misas votivas contenidas en la 3ª edición del Misal Romano.

De este modo, todos los sacerdotes y demás fieles de esta Diócesis se podrán unir a la fiesta litúrgica que celebran el mencionado Instituto de Misioneras del "Divino Maestro" de hondas raíces ourensanas, desde su fundación; el Seminario Mayor "Divino Maestro" de Ourense y el Instituto Teológico "Divino Maestro". Esta celebración no sólo enriquecerá la vida litúrgica de nuestra Iglesia diocesana, sino que también será una ocasión propicia para recordar las necesidades del Seminario y pedir por la santidad y perseverancia en el ministerio de nuestros sacerdotes, y por las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada.

Dado en la ciudad de Ourense, el día 11 de noviembre. Solemnidad de San Martín de Tours.



Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense

Por mandato de Su Excia. Revma.
Manuel Emilio Rodríguez Álvarez
CANCILLER-SECRETARIO

MENSAJES

Cuenta lo que has visto y oído

El día 24 de octubre se celebra el Domingo Mundial de las Misiones, DOMUND. Este año, para los que vivimos nuestra fe en la Iglesia que peregrina por las tierras ourensanas, esta jornada la queremos celebrar en clave sinodal.

Sé que esta es una palabra que está de moda y podemos gastarla con su utilización excesiva o con su mal uso, sin embargo, para nosotros es imprescindible, porque es reciente la última sesión de nuestra Asamblea Sinodal y el comienzo de la etapa diocesana del Sínodo de los Obispos 2023. El lema de esta jornada del DOMUND nos ayuda a dar gracias a Dios por lo que hemos visto y oído durante esta larga temporada en la que aprendimos a caminar juntos, a caminar unidos. Desde el primer momento, fuimos conscientes de que en este proceso sinodal sentimos la presencia de nuestros misioneros. Desde allende las fronteras de esta Iglesia diocesana nuestros misioneros –ellas y ellos– también caminaron junto a nosotros porque saben, quizás mejor que nadie, que son Iglesia y que su *diocesaneidad* ha sido siempre un timbre de honor para ellos, al igual que lo es para nosotros.

Os invito a que el DOMUND de este año, después de la dolorosa experiencia de la pandemia del año pasado, que todavía no nos ha abandonado del todo, lo aprovechemos bien para acercar mejor el mundo de las misiones y la vida de nuestros misioneros a todos los fieles, en especial a los niños y a los jóvenes. También debemos hacer llegar a los que se han alejado de la Iglesia y a los indiferentes, y a los que no viven nuestra experiencia de fe, que nuestros misioneros son el rostro más valiente de la Iglesia que está siempre en la vanguardia de cualquier tarea apostólica y llevando a cabo procesos de socialización positiva. No podemos consentir que tantos de nuestros conciudadanos se queden tan solo con esa otra cara de la Iglesia que nos repugna a todos y genera rechazo. Contemos a todos lo que hemos visto y oído al contemplar la vida y las hazañas de los misioneros porque en sus rostros vemos siempre a ese Jesús que se entrega sin esperar nada a cambio y los gestos silenciosos de su entrega son más elocuentes que cualquier sermón, por hermoso que éste sea.

El lema del Sínodo de 2023, después de subrayar la importancia de la comunión y de la partición, nos invita a no olvidar que toda experiencia sinodal, se viva aquí o fuera de nuestras fronteras, necesariamente, debe concretarse en la *misión*. El mensaje de comunión, al que nos llama una Iglesia Sinodal, si no se concreta en una misión, podemos decir que sólo es apariencia de sinodalidad. Si queremos tomar el pulso o la temperatura de nuestra vida eclesial para saber si estamos viviendo una auténtica experiencia de sinodalidad, la mejor de las mane-

ras que tenemos es comprobar si vivimos, con generosidad, nuestro compromiso misionero ayudando a tantos hombres y mujeres que por causa del Evangelio de Jesús llenan el mundo entero de la alegría del Resucitado. Y ese también es uno de los rostros que muestra la Iglesia de hoy y de siempre.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Halloween versus *Holywins*

De todos es sabido que el pueblo gallego guarda un especial cariño y reverencia a sus difuntos. Una muestra de ello lo encontramos en el hecho de que los camposantos o cementerios, en la mayor parte de nuestras parroquias del ámbito rural, abrazan el templo parroquial como un elemento de alto significado porque a través de esta cercanía se une, misteriosamente, la Iglesia de los que peregrinamos en la tierra con los que ya se encuentran en la eternidad. Aunque este hecho, desde el punto de vista patrimonial y artístico tiene sus inconvenientes, sin embargo, el simbolismo espiritual encierra una motivación muy hermosa: queremos que nuestros difuntos sigan estando presentes allí donde habita el mejor vecino de la parroquia que es Jesucristo, ese Dios con nosotros que está en los sagrarios de nuestras parroquias y es el Dios de los vivos, también de los que han muerto porque “viven en el Señor”.

Algunos antropólogos sostienen que, en la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre, los celtas celebraban el Samaín, que era una celebración en honor de los antepasados. Parece ser que los irlandeses y escoceses que emigraron a los Estados Unidos en el siglo XIX llevaron consigo sus fiestas más entrañables, entre ellas la conmemoración de los difuntos: el Samaín que allí pasó a denominarse Halloween (vísperas de Todos los Santos). No voy a entrar a analizar si esto ha sido así o no; lo que sí es cierto es que, de un tiempo a esta parte, se está extendiendo la costumbre, en muchos aspectos ajena a nuestra cultura multisecular, de celebrar Halloween a través de aspectos esperpénticos de la muerte, máscaras, disfraces de personajes del mundo de la ficción y del terror. Da la sensación de que la muerte es una realidad poco seria y que puede tomarse a broma o, incluso, se llega a caricaturizar con expresiones del terror fantástico que llega a nosotros a través de la TV. La distorsión de un hecho tan serio como el morir, gracias a la fuerte influencia de las cadenas comerciales, ha llegado a penetrar incluso en los centros confesionales cristianos que se dedican a la docencia, de tal modo que está establecido en el calendario de sus actividades la celebración del Halloween.

Estoy por asegurar que los antiguos pobladores celtas de nuestras tierras no se disfrazaban de personajes del mundo del terror, sino que se reunirían en torno a las tumbas de sus antepasados para celebrar algunos ritos de “comunión” de los vivos con los muertos. Sin embargo, la sociedad de consumo ha visto un filón interesante para exportar del mundo estadounidense los aspectos lúdico-comerciales del Halloween, por cierto, con mucho éxito.

Sin embargo, desde hace unos años, no muchos, algunos grupos de cristianos y también varias diócesis españolas han presentado una forma especial para acercarse, sobre todo, a los niños y jóvenes, de tal modo que puedan recibir otro mensaje frente a la celebración pagana de la muerte. Ha surgido el día de *Holyw-*

ins, es decir, “la santidad vence” o, quizás mejor, “los santos ganan”. En ese día se invita a vestirse de santos, de manera especial, de los santos preferidos y aquellos a los que se tiene especial devoción, para expresar así que la muerte también tiene otro rostro, el de aquellos que a lo largo de sus vidas se entregaron al servicio de los demás y lucharon por encarnar en su existencia las virtudes humanas y sobrenaturales, o sea, los santos.

Desde aquí felicito a las Delegaciones episcopales para la Causa de los Santos y para la Pastoral Juvenil y de la Universidad de la Diócesis de Ourense, por haberse dejado llevar de la creatividad positiva a la hora de apostar por otra manera, más auténtica y hermosa, de vivir la Fiesta de Todos los Santos y la Conmemoración de los Fieles Difuntos. A pesar de los aparentes fracasos, los animo a seguir con este empeño que no solo es una tarea evangelizadora sino también una realidad auténticamente cultural que va al fondo de las raíces de nuestras creencias religiosas, y de una genuina veneración y respeto por nuestros queridos fieles difuntos, que se merecen ser recordados de una manera más seria.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

HOMILÍAS

**Misa con motivo del patrono de la Policía Nacional
Fiesta de los Santos Ángeles Custodios**

Catedral de San Martín, 4 de octubre de 2021

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Saludo con especial afecto a los miembros del Cuerpo Nacional de Policía.

¡Hermanos y hermanas en el Señor!

Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado. Hazle caso y obedécele. No te rebeles, porque lleva mi nombre (...) Mi ángel irá por delante de ti... (Ex 23, 20–23).

Nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral para celebrar con esperanza vuestra fiesta patronal. Damos gracias al Señor porque este año nos podemos encontrar presencialmente, después de esta larga y dolorosa experiencia de confinamiento y del posterior protocolo establecido por las autoridades sanitarias, cuyas pautas de conducta todavía debemos observar con prudencia. Durante este tiempo, la labor realizada tanto por los componentes de la Policía Nacional como por las demás Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado estuvo caracterizada por un elevado altruismo y un gran espíritu de servicio que es la honra para todo el cuerpo y una seguridad para los ciudadanos; nos habéis enseñado a descubrir que esta pandemia ha despertado la conciencia de que somos y pertenecemos a una gran comunidad; que navegamos en la misma barca y que el mal de uno perjudica a todos. Es bueno recordar que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos. Y esto no sólo se vive en el ámbito de la fe católica, sino que, a causa de la pandemia, hemos podido constatarlo empíricamente, también en la lucha y prevención contra este virus.

En esta situación de intento de vuelta a la normalidad, aunque todavía poco tiene de normal, vuestra presencia y labor sigue siendo imprescindible. Tenemos la suerte de vivir en una ciudad y entre unas gentes que son la honra de este pueblo cálido, pacífico y acogedor como es el ourensano; aunque tenemos que reconocer, que nos duele la actitud con que en otros lugares de nuestro país están siendo tratados vuestros compañeros y compañeras. Pedimos por ellos y por sus familias y suplicamos a los Santos Ángeles que los acompañen y protejan.

¡Queridos amigos todos!

La fiesta de los santos Ángeles la hemos celebrado, litúrgicamente, el sábado pasado. En el marco de la misma, consideramos este momento de nuestra historia caracterizado por un crecido relativismo en las costumbres y en los criterios de conducta; por un fuerte individualismo que está generando comportamientos

complejos en la actuación de nuestros conciudadanos, incluso de niños y jóvenes; y por un laicismo excluyente y beligerante que se ha dejado sentir, a lo largo del pasado año, contra entidades vinculadas a la Iglesia Católica en nuestro país, tal como lo demuestran los datos estadísticos ofrecidos por el Observatorio de Libertad Religiosa. Es en estas circunstancias donde vosotros, con vuestro trabajo en pro de la libertad de los ciudadanos, sois los garantes de los auténticos derechos y deberes democráticos amparados por nuestra Constitución, entre ellos la libertad religiosa.

Este año, vuestra fiesta la celebramos en este día 4 de octubre, fecha en la que en el calendario litúrgico coincide con la memoria obligatoria de San Francisco de Asís y, además, recordamos que ayer domingo se cumplió un año de la publicación de la Carta Encíclica del papa Francisco *Fratelli tutti*, que gira en torno a la fraternidad y la amistad social. En este documento se nos invita a “soñar juntos”. Sí, en una situación social como la nuestra, de la que vosotros sois testigos y los mejores conocedores de la misma, la Iglesia Católica nos invita a construir juntos una sociedad distinta. Es ésta una hermosa aventura que todos deseamos, pero que no podemos construirla por separado, cada uno de acuerdo con su criterio y dejándose llevar de su antojo. Todos necesitamos una comunidad que nos sostenga, una familia que nos acoja, quiera, eduque y acompañe ¡qué importante es la familia!

Necesitamos colegios y facultades en donde no solo se les enseñe a los niños y jóvenes, de manera progresiva, los hitos más importantes del saber humanístico y científico, sino también el cuidado del medio ambiente, el respeto hacia las demás opciones de vida, la acogida a los que manifiestan alguna singularidad; sobre todo, estos centros deben ser ámbitos humanísticos en donde se aprenda a convivir de acuerdo con los principios fundamentales que recorren transversalmente toda nuestra Constitución de 1978. Ojalá enseñásemos las líneas fuerza de este documento a jóvenes y mayores, alejándolos de cualquier interpretación ideológica. Podéis estar seguros que en nuestras comunidades de vecinos, en nuestra ciudad, en nuestra provincia, se impondría un comportamiento adecuado, acompañado del respeto a la vía pública y a su mobiliario y entorno. Ello haría que nos sintiésemos como una gran familia que se apoya a fin de superar las dificultades cotidianas y se esfuerza en construir juntos un futuro mejor. Ese el sueño que la Iglesia quiere compartir con todos los ciudadanos, sean o no cristianos, tengan o no convicciones religiosas o se sitúen en la más extrema indiferencia. El cristianismo, desde sus orígenes, al enseñar y plasmar en la vida concreta de sus fieles las enseñanzas del Evangelio de Jesús, ha hecho de ellos unos buenos ciudadanos. Sólo ha habido conflictos, a lo largo de su más que milenaria historia, cuando el César se arrogó el título de Dios y se crearon leyes que en sí eran atentados contra la libertad humana.

El papa Francisco, en ese documento del que os hablaba y al que os invito a acercaros para su lectura meditativa, evitando así todo tipo de manipulación o de mala interpretación, nos enseña que es muy importante soñar juntos porque solos no podemos y, además, corremos el riesgo de sufrir algún espejismo o de construir alguna sociedad inexistente, un paraíso utópico que tan solo se realiza en la mente de aquellos que lo piensan, o una realidad fantástica en la que se puede ver lo que no hay. Los verdaderos y auténticos sueños de Dios para con nosotros –esta sociedad de la que formamos parte– se construyen juntos. Soñemos una única humanidad como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos acoge a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, y sintiéndonos ¡todos hermanos! –afirma el Papa–.

Este sueño es el que quiere compartir la Iglesia con nosotros, al estilo de Francisco de Asís, que se sentía hermano de todos los hombres y mujeres, de manera especial los más vulnerables –como los leprosos de su tiempo–. No sólo eso, el “Poverello” nos enseña a vivir una fraternidad con todo aquello que habita nuestro mismo cosmos, que algunos denominan ecológica; una fraternidad en la que se incluya a la misma muerte, tal como afirma en el Cántico del Hermano Sol: *Y por la hermana muerte, loado mi Señor / Ningún viviente escapa de su persecución*. Este sueño que quiere ser una labor creativa y constructiva de unidad y de paz, de respeto y de auténtico progreso, tropieza con la historia que estamos viviendo, dice el papa Francisco, porque: *Se encienden conflictos anacrónicos que se consideraban superados, resurgen nacionalismos cerrados, exasperados, resentidos y agresivos (...) los conflictos locales y el desinterés por el bien común son instrumentalizados por la economía global para imponer un modo cultural único*. Esta cultura unifica al mundo, pero divide a las personas y a las naciones, porque –como afirmaba el papa Benedicto XVI–: *la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos* (CV 19).

Celebrar la fiesta de vuestros patronos nos lleva a plantearnos algunas cuestiones radicales que afectan a nuestra sociedad y a sus ciudadanos: ¿por qué en un mundo, tantas veces increíble y envuelto en un fuerte agnosticismo, cuando no de un ateísmo práctico que termina ahogando la vida de aquellos que dicen practicarlo, nos encontramos con la existencia de una multitud de cultos a los espíritus angélicos y demoníacos que tienen una fuerte expresión a través del cine, de la tv y los medios de la telemática más sofisticada; o de cultos a las personas de algunos deportistas, o de personajes de cierto relieve socio-político, y nadie se atreve a proponer la existencia de los Ángeles y de los santos? ¿Qué es lo que se encuentra en el trasfondo existencial de esas personas, a veces muy jóvenes, en cuya vida nos encontramos una existencia desestructurada, violenta, llegando incluso a quitarse la vida? Vosotros, mejor que yo, sabéis cómo han aumenta-

do el número de suicidios en nuestra sociedad, en la que nos encontramos con experiencias de muerte prematura que son un sinsentido. San Juan Pablo II lo diagnosticó perfectamente: cuando en el horizonte de la vida humana se excluye a Dios, tarde o temprano, más bien antes, el hombre termina luchando contra el mismo ser humano. Y esto es así porque al perder el fundamento de su existir y el dinamismo positivo para vivir su existencia se convierte en un peregrino que se deja entusiasmar por los espejismos del camino, pero jamás llega a una meta humanizadora y auténticamente liberadora.

San Francisco de Asís nos ha dejado una hermosa oración con la que quisiera finalizar esta reflexión en el día de vuestra fiesta patronal y si la acogiésemos con un corazón abierto, estoy por asegurar que se convertiría en una regla de vida:

*¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!
Que allí donde haya odio, ponga yo amor;
donde haya ofensa, ponga yo perdón;
donde haya discordia, ponga yo unión;
donde haya error, ponga yo verdad;
donde haya duda, ponga yo fe;
donde haya desesperación, ponga yo esperanza;
donde haya tinieblas, ponga yo luz;
donde haya tristeza, ponga yo alegría.
¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto
ser consolado como consolar;
ser comprendido, como comprender;
ser amado, como amar.
Porque dando es como se recibe;
olvidando, como se encuentra;
perdonando, como se es perdonado;
muriendo, como se resucita a la vida eterna.*

Ruego al Señor y a los Santos Ángeles Custodios que lo que pedimos en esta oración se haga realidad en vuestra vida y en la de todos.

Que así sea.

Misa de apertura del curso académico 2021–2022 del Instituto Teológico Divino Maestro

Seminario Mayor, 5 de octubre de 2021

Leccionario IV. Santos

1^a.– Col 3, 15b–17 (p. 287)

2^a.– Mt 7, 7–11 (p. 301)

Saludo con cordial afecto a los Directores y a los miembros de los claustros de profesores de los centros académicos de nuestra Diócesis, a los Rectores y Formadores de los Seminarios y a todos vosotros queridos seminaristas y alumnos:

Con gozo nos hemos reunido en esta “alma mater” de nuestra Iglesia Diocesana al comienzo de este curso para darle gracias a Dios y pedirle ayuda. Y lo hacemos en el marco litúrgico de las llamadas Témperas de Acción de Gracias y Petición de Perdón. El curso pasado estuvo todo él lleno de circunstancias muy complejas a causa de la pandemia; han sido situaciones nuevas que nos han obligado a inventar una forma diferente de hacer presente la tarea docente, a buscar y crear una innovación educativa y pedagógica peculiar que pudiera cubrir la no *presencialidad* de nuestras tareas académicas habituales. Sé que se han potenciado, a través de las diferentes plataformas de la telemática, el contacto virtual entre los docentes y los alumnos, sobre todo en el Seminario Menor. Y se mantuvo la vida formativa en nuestros Seminarios Mayores.

En el día de hoy, queremos dar gracias a Dios, con toda la Iglesia y, también, pedir perdón por no haber aprovechado mejor el tiempo de estudio y de investigación durante este largo período de confinamiento. Con la ayuda del cielo esperamos que, en este curso, que se está iniciando con una cierta normalidad, se puedan cumplir los objetivos académicos previstos. Aunque os ruego a todos que extreméis vuestra prudencia tratando de evitar lo que hemos vivido ya finalizado el curso previo. Es necesario ser conscientes de que la realidad vivida ha dejado una impronta en nuestro estilo de comportamiento y en el mismo ejercicio de la docencia; esa realidad creativa que hemos tenido que utilizar en los momentos difíciles, debemos de aprovecharla. Si no somos conscientes de que algo serio ha pasado en nuestras vidas, esta situación no sería sino un reflejo negativo en la manera en la que estamos viviendo nuestra encarnación en el hoy y en el ahora de nuestro despliegue en esta historia inmediata.

Con el apóstol Pablo os digo: *¡Sed agradecidos!*

Nuestros centros académicos, siendo peculiarmente diferentes, todos ellos deben inspirarse en la Palabra de Dios que debe *habitar entre nosotros con toda su riqueza* (cfr. Col 3, 15b). Una Palabra que, necesariamente, tiene que inspirar

nuestro camino, iluminar nuestras inteligencias y servirnos de orientación en nuestra existencia creyente. No nos olvidemos que un auténtico oyente de la Palabra se convierte, necesariamente, en un auténtico testigo misionero de la Palabra que antes ha acogido en lo más íntimo de su ser; de ahí que es imprescindible que la Sagrada Escritura se convierta en la auténtica luz y guía de nuestros pasos y elemento fundamental en nuestro discernimiento. En un estudiante eclesiástico, en un cristiano, no debe faltar la lectura cotidiana de la Palabra de Dios, aunque sólo sea repasar las lecturas de la Misa diaria.

Estamos aquí porque queremos ser coherentes con la fe cristiana que como don hemos recibido en el seno de la Iglesia, una Iglesia que es misterio y comunión, y, en nuestro caso, una Iglesia que está viviendo una experiencia sinodal desde 2016. Una Iglesia que quiere ser familia y cuyo rostro somos cada uno de nosotros. Sin pretenderlo, estamos llamados a *enseñarnos unos a otros con toda sabiduría y a exhortarnos mutuamente*; esa enseñanza y esa exhortación debemos realizarla a través de nuestro testimonio de vida. Hemos sido llamados, en el Bautismo, para ser testigos misioneros, cada uno en su lugar y de acuerdo con su situación. El alumno de la ESO y de bachillerato lo hará a su nivel, cuidando su estudio y viviendo su compañerismo con lealtad; los que ya os habéis iniciado en los estudios filosófico-teológicos sabéis bien que se os pide un estudio distinto; debéis realizar vuestras tareas académicas intentando descubrir la proyección sapiencial y pastoral de vuestro trabajo intelectual. No os olvidéis que la llamada del Señor que habéis aceptado como un don se convierte en cada uno de los llamados en un estímulo no sólo de perfección y de camino de santidad, sino en una divina exigencia que os servirá para que podáis realizar a lo largo de vuestro camino un auténtico discernimiento como futuros pastores, que habéis sido llamados para servir.

Y no os olvidéis que gran parte de la eficacia humana de vuestro futuro ministerio está en una buena formación académica, que no sólo consiste en asistir a clases y tomar apuntes para memorizarlos después, sino que requiere un tiempo suficientemente largo de reflexión personal y de maduración intelectual. Un alumno que se decide a cursar los estudios eclesiásticos debe saber muy bien que su estudio tiene siempre una proyección pastoral.

Por vuestra parte, sé muy bien que los profesores habéis descubierto que el ejercicio de la docencia no es solo el desempeño de una vocación docente, ni un compromiso con una empresa dedicada a la formación de los jóvenes, sino que lo que estáis haciendo forma parte de la llamada *pastoral de la inteligencia*. De ahí que no sólo os esforzáis por hacer llegar los contenidos recogidos en el proyecto didáctico de la materia que se os ha encomendado, sino que con vuestro talante personal, con la corrección externa de vuestra presencia, con el tenor de vuestras palabras, con el cultivo de la dinámica del encuentro responsable y prudente,

y con la actitud de una auténtica disponibilidad para con el alumno; también con el respeto que manifestáis, tanto al Instituto como a los alumnos, con vuestra puntualidad y asistencia, estáis convirtiendo una ocupación ordinaria en un proyecto de dimensiones extraordinarias que no sólo edifica a vuestros alumnos, sino que se convierte en una tarea que os realiza personal y profesionalmente y convierte nuestro Instituto en un centro acogedor y competente.

Ejercer la tarea docente en los centros de nuestra Iglesia Diocesana es una respuesta a una vocación. Os ruego que la realicéis con entusiasmo y exigencia. No caigáis en ese “buenismo” que cercena las instituciones académicas y no sirve de ayuda en el camino del discernimiento de una vocación al ministerio. Sed amablemente exigentes. Vivid vuestra tarea con total disponibilidad a vuestros alumnos y, con palabras del Apóstol, os digo: *todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Señor.*

Quisiera recordaros, en esta Eucaristía de comienzos del curso académico, tanto a los alumnos–seminaristas del Menor como a los del Mayor, así como a los profesores y formadores de nuestros Seminarios, que todos debemos buscar el camino correcto que nos ayude a ser amigos de Jesús y convertirnos en sus discípulos auténticos –seamos seminaristas, sacerdotes, o laicos– debemos cultivar una íntima amistad con Él en la meditación y en la oración. La profundización de las verdades cristianas y, en especial, el estudio de la Teología o de otra disciplina eclesial suponen una educación en el silencio y en la contemplación, porque es necesario desarrollar la capacidad de escuchar con el corazón al Dios que habla. De lo contrario corremos el riesgo de convertirnos en simples funcionarios de la palabra, en algo así como profesionales del ambón. No os olvidéis nunca que el pensamiento siempre necesita purificación para poder entrar en la dimensión donde Dios pronuncia su Palabra creadora y redentora. Nuestras palabras sólo pueden tener algún valor y utilidad si provienen del silencio de la contemplación; de lo contrario, contribuyen a la inflación de los discursos, que estamos acostumbrados a escuchar en nuestra sociedad actual, que sólo buscan el consenso y el aplauso de la opinión común, o bien están cargados de críticas, de maledicencia, de conversaciones ociosas que manchan a los que las pronuncian y también a los que las escuchan.

Por tanto, quien estudia en nuestros centros, en especial en el Instituto Teológico, debe estar dispuesto a obedecer a la verdad y, en consecuencia, a cultivar una especial ascesis del pensamiento y de la palabra. Esa ascesis se basa en la familiaridad asidua y amorosa con la Palabra de Dios y, antes aún, con el “silencio” del que brota la Palabra en el diálogo de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. A ese diálogo, también nosotros tenemos acceso mediante la santa humanidad de Cristo. Así pues, queridos amigos, como nos recuerda el Evangelio que hemos proclamado en esta liturgia: *Pedid y se os dará, buscad y*

encontraréis, llamad y se os abrirá (Mt 7, 7–11). ¿Qué debemos pedir? Os sugiero que al Divino Maestro le pidamos, como los discípulos: *Enseñanos a orar* (Lc 11, 1), y también: enseñanos a pensar, a escribir y a hablar, porque estas cosas están íntimamente unidas entre sí. Y no perdáis el tiempo, como nos recuerda el Apóstol en una de sus cartas, en conversaciones vanas, y mucho menos en la crítica. Todo ello, como ya queda dicho nos aparta de la auténtica acogida a la Palabra de Dios que es la única Palabra liberadora porque las otras lo único que hacen es rompernos la paz y el sosiego interior y eso no viene de Dios sino del Enemigo.

No os olvidéis, vuestro futuro apostolado y el ejercicio de vuestro ministerio será fecundo y fructuoso en la medida en que, durante estos años, os esforcéis por prepararos bien, estudiando con seriedad, y sobre todo que alimentéis vuestra relación personal con Cristo, tendiendo a la santidad y teniendo como único objetivo de vuestra existencia la realización del Reino de Dios. Que todo sea para su gloria y para el bien de esta Iglesia en la que vivimos y a la que queremos servir.

Fiesta de la Virgen del Pilar Patrona de la Guardia Civil

Catedral de San Martín, 12 de octubre de 2021

Hch 1, 12–14

Lc 11, 27–28

Excmo. Cabildo Catedralicio y demás sacerdotes concelebrantes.

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Con todo afecto saludo a los miembros de la Guardia Civil en este día de su patrona.

Queridos hermanos y hermanas:

Con las palabras del Salmo 26 que la liturgia nos ofrece hoy quisiera dar inicio a esta reflexión:

El Señor es mi luz y mi salvación,

¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,

¿quién me hará temblar?

Aquel pueblo que caminaba en medio de tantas dificultades descubrió con la ayuda de su fe que el Señor Dios era la única luz que podía iluminar, con verdad y justicia, los caminos de la humanidad y que sin esa luz los problemas no se solucionan, sino que crecen. Cuando apartamos nuestro corazón de la mirada de Dios o pretendemos construir un mundo sin Dios y sin ninguna dimensión de trascendencia, entonces, sin darnos cuenta levantamos un mundo contra el hombre mismo. Sin esa luz, más bien antes que después, este mundo se convierte en lugar de tensiones y enfrentamientos, de secesiones, de discordias y de sufrimientos, un mundo antihumano en donde falta tantas veces la racionalidad. De esta realidad sois testigos cualificados, por vuestro trabajo, los hombres y mujeres que formáis parte del Cuerpo de la Guardia Civil.

En una sociedad como la nuestra, resulta una novedad clamorosa reconocer que el mismo Jesús, Dios con nosotros, un Dios que quiere vivir en medio de nosotros, encarnándose en nuestra misma historia con sus luces y sombras, ese Jesús que se proclama a sí mismo como Luz del mundo, quiere salir a nuestro encuentro para decirnos, una vez más: *No temáis. Yo he vencido el mundo.* Por eso, una sociedad que se pretenda construir de espaldas a esa luz o ignorarla, está avocada a las tinieblas.

En este sentido, resulta aleccionador el texto de los Hechos de los Apóstoles que hemos proclamado en esta liturgia; en él se nos narra lo que ocurrió cuando Jesús, el crucificado–resucitado, desapareció físicamente de los ojos de sus discí-

pulos, de la escena del mundo. Aquellos discípulos se quedaron como a oscuras, parecía que habían perdido su norte y guía, su punto de referencia, en definitiva, la esperanza, porque el que era la Luz se había marchado. Ellos, que habían sido los testigos cualificados, no sólo de la predicación sino también de los milagros de Jesús, habían sido, también, espectadores en la distancia –casi todos– de su pasión y muerte. Pero la vida de Jesús no se había quedado encerrada en aquellos acontecimientos, que habían generado un fuerte impacto en el ánimo de los discípulos, sino que también fueron testigos presenciales de su resurrección. Una realidad que les dejó fascinados. Sin embargo, a pesar de aquella experiencia inenarrable e indescriptible, la resurrección de Jesús, también ellos, debido a las circunstancias adversas de un ambiente que les era hostil y, mucho más después de la muerte violenta en la cruz de su maestro, después de su ascensión buscan refugio y consuelo en torno a María, la Madre de Jesús, que les ayudó con su ejemplo orante a perseverar y a no perder la esperanza.

Esta escena se repitió pocos años después en tierras de la Hispania romana, en las orillas del río Ebro. Santiago y sus discípulos se encuentran desencantados, y ya habían tomado la determinación de regresar a Palestina porque la predicación del Evangelio había sido, humanamente, un fracaso. Cuenta una antiquísima tradición que en la noche del 2 de enero del año 40 d. C, Santiago se encontraba con sus discípulos junto a la ribera cuando: *oyó voces de ángeles que cantaban Ave, María, gratia plena y vio aparecer a la Virgen Madre de Cristo, de pie sobre un pilar de mármol.* La Santísima Virgen, que aún vivía, le pidió al Apóstol que le construyese allí una iglesia, con el altar en torno al pilar donde estaba de pie y prometió que: *permanecerá este sitio hasta el fin de los tiempos para que la virtud de Dios obre portentos y maravillas por mi intercesión con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio.*

Desde aquel preciso momento, de acuerdo con los testimonios arqueológicos de los siglos III y IV, que testifican la presencia de María, en nuestras tierras ha sido constante la devoción a la Madre de Dios. Un ejemplo de ello es la primera catedral que se construye en esta ciudad, la antigua Auria, que se dedica a la Madre de Dios, pocos años después del concilio de Éfeso, celebrado en el año 431. Son muchas las advocaciones marianas que nos encontramos en la Iglesia de España, pero esta del Pilar adquiere un especial significado porque, de suyo, es la más antigua de las advocaciones y, además, queda recogido en uno de sus himnos en los que el pueblo creyente le canta desde tiempo inmemorial y le dice:

*Tú, la alegría y el honor del pueblo,
Eres dulzura y esperanza nuestra:
Desde tu trono, miras, guardas, velas,
Madre de España.*

Tal es así que, a pesar de las modas secularizantes, muchas instituciones siguen

invocándola como su patrona; también las naciones de Hispanoamérica, cuyas banderas adornan su Santa Capilla de Zaragoza; también vosotros, hombres y mujeres de la Guardia Civil. Ya desde 1864, en la Academia de los Guardias Jóvenes de Valdemoro, se le invocó como patrona y en estos momentos en los que se siente un especial aprecio a recuperar la memoria, os recuerdo que en una Orden general de vuestro Cuerpo, con fecha de 18 de febrero de 1913 se os recuerda que *a todos los grandes hechos militares de nuestra historia va unida siempre la fe religiosa, desde los primeros años del Cristianismo; y desde esa remota fecha nuestro pueblo venera a la Virgen bajo cuyo patrocinio se ha puesto a la Guardia Civil.*

Con el corazón os invito a que contempléis la belleza de la Santa Capilla de la basílica del Pilar de Zaragoza, que nos ayuda a vivir esos momentos de oración que nos hacen fuertes y constructores de esperanza. A finales de este verano, he podido repetir la visita a este gran santuario y siempre que lo hago me resultan muy sugerentes las imágenes de su retablo. Se contempla a María, en su Venida en carne mortal a Zaragoza, allí aparece mirando a Santiago y a los varones apostólicos que le acompañaban. En ellos, expectantes, muchas veces nos debemos de sentir reflejados cada uno de nosotros. Las miradas de aquellos personajes buscan, transmiten inquietud, incluso parecen perderse sin terminar de descubrir la grandeza de una presencia que, a lo largo de la historia, nos ha desvelado lo que significa la figura de María, su Venida a Zaragoza y el Pilar puesto allí por ella, como expresión y cimiento de nuestra fe. María se convierte para aquellos primeros discípulos en lugar de consuelo, de perseverancia, de gozoso impulso, lleno de gracia, que les animará a seguir evangelizando nuestra tierra. Qué bien ha sabido asumir la fuerza de aquel encuentro la oración colecta de la misa del día del Pilar: *Dios todopoderoso y eterno, que en la gloriosa Madre de tu Hijo has concedido un amparo celestial a cuantos la invocan con la secular advocación del Pilar; concédenos, por su intercesión, fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor.*

En este año os pediría que, a pesar de que las celebraciones de nuestra fiesta todavía están restringidas por la lógica prudencia sanitaria, hiciésemos un esfuerzo por estar muy cerca de la Madre. Y que nos uniéramos a la ofrenda de flores de manera especial por aquellos que hoy ya no están con nosotros, aunque físicamente no podamos desplazarnos hasta allí, presentándole nuestras necesidades. Os animo a pedir por vuestra gente, por los más vulnerables, por todos los que sufren en tantos lugares del mundo, especialmente los damnificados por la pandemia y por los que están sufriendo por la erupción volcánica de La Palma. Os pido que, bajo la protección del Pilar de la Virgen, pidáis por las vocaciones en nuestra Iglesia, por los sacerdotes y religiosos, por vuestras familias y aquellos compañeros –ellas y ellos– que han caído en acto de servicio.

Amigos míos, estamos ante una sociedad que ha cambiado mucho y que ne-

cesita testigos alegres del Evangelio de Jesús, que llenan de esperanza las vidas de todos. Que nuestra oración confiada, presentada a la Virgen Madre, Señora del Pilar, nos conceda esa fortaleza para ser esos testigos misioneros que el mundo necesita para ser constructores de la civilización de la paz y del amor.

Apertura del Sínodo ordinario de los Obispos 2021–2023

Catedral de San Martín, 17 de octubre de 2021

Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.

Miembros de la Vida Consagrada, de las Asociaciones de la Vida Apostólica y de los Institutos Seculares.

Grupos apostólicos, Movimientos y Asociaciones.

Queridos seminaristas.

Quisiera saludar con afecto agradecido a los miembros de los grupos sinodales que han hecho realidad nuestro Sínodo Diocesano.

Hermanas y hermanos en el Señor:

Ante todo, quisiera daros las gracias por vuestra presencia en este templo, en donde se encuentra la cátedra del Obispo de esta Iglesia, para celebrar y participar en la Eucaristía, en este Día del Señor, secundando los deseos del papa Francisco. Nosotros, hijos e hijas de esta *porción del Pueblo de Dios* que peregrina por las tierras de Ourense, y que formamos esta familia eclesial de hondas y antiquísimas raíces cristianas, estamos viviendo a lo largo de estos últimos cinco años una experiencia sinodal; ayer mismo hemos concluido la última sesión de la Asamblea Sinodal y aguardamos, con el favor del cielo, poder celebrar su clausura el próximo día 13 de noviembre, dentro de la octava de san Martín de Tours, nuestro patrono, al que encomendamos, ya desde ahora, esa nueva fase postsinodal que, de suyo, constituirá el momento de la verdad y de la operatividad de nuestro Sínodo.

La Palabra del Señor que hemos proclamado en este Domingo XIX del TO nos quiere ayudar a descubrir el sentido de lo que estamos haciendo aquí esta tarde. El Evangelio nos ofrece, de nuevo, una escena en la que Jesús en camino se dirige hacia Jerusalén en donde consumará su Pascua. Durante todo ese tiempo se había acercado a la gente –que caminaba como ovejas sin pastor– predicándoles y curándolos. Por el texto proclamado, nos da la sensación de que ahora, mientras camina acompañado por sus más íntimos discípulos, va intensificando la catequesis a los más cercanos, preparándolos para lo que está por venir y hablándoles de la verdad del Reino que se hará presente a través de su pasión y muerte. Podemos afirmar que, ante la poca respuesta de los Apóstoles, parece que había perdido el tiempo con sus enseñanzas, ya que no habían entendido nada. Los hermanos Zebedeo, parientes de Jesús, considerándose, quizás, con más derecho que sus otros compañeros, se acercan a Jesús y le piden: *Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda.* Jesús les replicó: *No sabéis lo que pedís (...) esta propuesta había generado una indignación contra Santiago y Juan. Jesús, llamándolos, les dijo: El que quiera ser grande entre vosotros, que sea*

vuestro servidor; y el que quiera ser el primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos (Mc 10, 35–45).

De este texto tan rico en contenido pudiéramos subrayar una palabra: **servicio**.

Un gran servicio ha concedido a la Iglesia el papa Francisco invitándonos a participar en el Sínodo de los Obispos de 2023, de manera especial a esta “porción del pueblo de Dios” que es nuestra Iglesia Diocesana que ya se encuentra en Sínodo desde 2016. Es un acontecimiento histórico. Hasta ahora el Papa designaba a algún obispo, experto o a algunos laicos especialistas en la temática estudiada en el aula sinodal; sin embargo, ahora es toda la Iglesia la que es convocada a este Sínodo.

A menudo, todos los hijos e hijas de este pueblo, hemos oído hablar muchas veces de sínodo y de sinodalidad. Para algunos se han convertido en palabras que están de moda, que hay que repetir como si se tratase de un *mantra* religioso que conviene pronunciar si se pretende quedar bien con el auditorio, o con el obispo. Qué equivocados están los que así piensan. Jesús, el Señor, se ha definido a sí mismo como *yo soy el camino*. Se hace camino para acompañarnos en la peregrinación de la vida que todos hemos iniciado y que se despliega como don de Dios, desde nuestro bautismo hasta el momento en que partimos a la eternidad. Nuestro Dios no es un Padre que habita fuera de nuestra historia y se desentiende de nosotros, sino todo lo contrario, –así lo podemos encontrar en numerosos textos de la Sagrada Escritura–, es un Dios que *camina a nuestro lado* hoy y siempre. Por eso, en estos momentos en los que iniciamos este nuevo itinerario sinodal, sentimos que este proceso es una realidad que habla del dinamismo interno de la Iglesia y, a lo largo de su historia, ha estado presente en numerosas ocasiones –es conveniente afirmar, a modo de ejemplo, y con sano orgullo, que en nuestra Iglesia ourensana se han celebrado 61 sínodos diocesanos–. Hacer sínodo es querer y estar dispuestos a “*caminar juntos en la misma dirección*” que nos viene marcada por el mismo Señor Resucitado que se nos ofrece como Camino, Verdad y Vida.

Para que no caigamos en la tentación del desaliento o del derrotismo, para que no nos dejemos llevar de nuestras tentaciones autoreferenciales, el papa Francisco nos ofrece estas preguntas: *Nosotros, comunidad cristiana, ¿encarnamos el estilo de Dios que camina en la historia y comparte las vicisitudes de la humanidad? ¿Estamos dispuestos a la aventura del camino o, temerosos ante lo incierto, preferimos refugiarnos en las excusas del “no hace falta” o del “siempre se ha hecho así”?*

No podemos ignorar la situación en la que se encuentran nuestros pueblos y sus gentes. La sociedad y el mundo ha cambiado mucho en los últimos años; también la concepción de la vida religiosa, no sólo en el mundo, y en la vieja Europa, sino también en nuestro pequeño mundo. El Espíritu del Resucitado nos pide que nos pongamos a la escucha de tantas preguntas como nos hacen

nuestros contemporáneos, de tantos interrogantes que, a veces, no queremos o no sabemos responder; es necesario salir al encuentro de niños y ancianos, jóvenes y enfermos, y descubrir cuáles son sus problemas y necesidades reales, sus afanes y dudas, su proyectos de futuro, sus esperanzas e ilusiones y, para ello, es imprescindible que nos convenzamos de que es necesario *volver a lo esencial* tal como os decía vuestro obispo en aquella carta pastoral, del 31 de mayo de 2016, al inicio de nuestro Sínodo Diocesano.

La invitación que nos hace ahora el Papa es para que aprendamos a descubrir que el Espíritu Santo siempre sopla de forma sorprendente y nos sugiere en cada momento *los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están* (EG, 25). Ese mismo Espíritu, don de Dios a nuestra Iglesia, a través de las mediaciones humanas que nos concede en cada momento de su historia, quiere hacernos partícipes de un *sueño* que, al igual que san José, *debemos construir juntos*, con María y Jesús; ese sueño que en estos momentos de la historia de la Iglesia estamos invitados a construir juntos –¡los sueños a los que nos invita Dios debemos construirlos juntos!– consiste en *una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en cauce adecuado para la evangelización del mundo actual* (EG, 27).

Para conseguirlo, es necesario ponernos a la escucha del querer de Dios, para aprender a escucharnos y así saber escuchar a los demás. No insonoricemos nuestro corazón dejando que cristalicen en nosotros formas y actitudes personales y pastorales que en lugar de hacernos servidores los unos de los otros, nos conviertan en patronos que buscan apropiarse de la Iglesia y de sus servicios. Francisco nos pide que *no nos dejemos blindar dentro de nuestras certezas*. Se nos pide que hagamos presente una Iglesia en salida, dispuesta al encuentro con el otro –sea el que sea–, y con un corazón samaritano.

Para seguir viviendo esta experiencia sinodal es preciso que sepamos descubrir que una auténtica sinodalidad nos tiene que ayudar a mirar hacia dentro, clarificar nuestras actitudes y criterios de conducta y dejarnos iluminar por la luz del “Evangelio eterno” que es el mismo Jesucristo; una mirada realizada sin miedos y siempre dispuestos a ser transformados por el dinamismo de la gracia del Corazón misericordioso del Resucitado. El sínodo es, también, *un camino de discernimiento espiritual, de discernimiento eclesial, que se realiza en la adoración, en la oración, en el contacto con la Palabra de Dios*. Sólo así seremos capaces de descubrir qué debemos cambiar en nuestra conducta y forma de actuar, en nuestra manera de acercarnos y de encontrarnos con los hermanos y hermanas, en la forma de decir y pedir las cosas, de proponer el Evangelio de la alegría y de la gracia, sabiendo que la Iglesia es una gran familia en donde todos tenemos cabida y, por tanto, no somos sus dueños y señores.

Todas las sesiones de nuestro Sínodo Diocesano las iniciábamos con una entronización de la Palabra de Dios que presidía la Asamblea y, abierta ante nosotros, nos interpelaba; porque la Palabra de Dios nos abre al discernimiento, a la conversión interior y exterior, nos ilumina y orienta nuestra vida para que ésta sea auténticamente eclesial.

Que esta invitación del Santo Padre a participar en el Sínodo de los Obispos nos sirva para crecer en comunión y en auténtico espíritu de sinodalidad que nos haga descubrir que la Iglesia es una familia en cuya marcha todos estamos implicados, no sólo el obispo y algunos sacerdotes y laicos que colaboran más directamente con él. La pandemia que hemos vivido y en la que todavía nos encontramos inmersos, aunque no de forma tan virulenta, nos ha enseñado a descubrir lo importante que somos cada uno de nosotros para los demás y la grave implicación que nuestras acciones personales, aún las más pequeñas e íntimas, tienen para el bienestar del conjunto. Que esta experiencia nos ayude a vivir mejor nuestro ser y sentir de hombres y mujeres de Iglesia.

Por eso, os invito a que acudamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar la gracia necesaria que nos auxilie oportunamente en este inicio sinodal. Cuando leo este texto, me gusta pensar en Santa María Madre, “Trono de la Sabiduría” y suplicarle a Ella, “Reina de los Apóstoles” y “Madre de la Iglesia”, que interceda por el Santo Padre, por sus más directos colaboradores en este proceso sinodal, y que haga de cada uno de nosotros unos peregrinos del Evangelio de Jesucristo, abiertos a las sorpresas del Espíritu Santo para que así podamos aprovechar las ocasiones de gracia que el Señor nos va a conceder cada vez que nos encontremos y nos reunamos en los grupos sinodales.

No nos olvidemos que todo esto que hagamos, aunque sea poca cosa o nos suponga un grave esfuerzo, siempre será para gloria de Dios y bien de nuestra Iglesia a la que sentimos y queremos como Madre y Maestra de nuestra fe.

Que así sea.

ESCRITOS

San Martín de Sagra

Agradezco, un año más, que la *Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfilica Miño* me invite a participar en la XXXI Edición de la Exposición de San Martiño, que con ocasión de la fiesta de nuestro patrón, se organiza en el Liceo de Ourense. Me hubiera gustado hacerme presente de otra manera; no obstante, quisiera responder, de manera agradecida, a través de este escrito con el que me uno a esta efeméride y, al mismo tiempo, agradezco que se ponga en valor el patrimonio histórico-artístico de nuestra tradición cristiana, destacando en esta ocasión, a la parroquia de San Martín de Sagra, en el Arciprestazgo de O Carballiño.

Todavía hace muy poco tiempo que he tenido la suerte de visitar, una vez más, este hermoso templo; esta vez ha sido con ocasión del homenaje que los feligreses tributaron a su sacerdote con motivo de su jubilación canónica. Toda nuestra geografía diocesana está tachonada de restos arquitectónicos de monasterios, conventos, santuarios, ermitas e iglesias parroquiales. En muchas ocasiones nos encontramos con auténticas joyas que pasan desapercibidas y cuando se descubren, uno es consciente de la gran vitalidad, no sólo religiosa, sino también social y económica que existió en el mundo rural gallego en otros momentos de nuestra historia. Sin esta rica actividad es imposible que se puedan entender la existencia de estos monumentos que fueron construidos por los hombres y mujeres de aquella época, y lo hicieron como expresión de la unión de un pueblo en torno a la realidad de la fe cristiana, profesada y vivida por sus gentes y que quisieron levantar cerca de sus hogares la “casa de Dios” en donde se encuentra la “puerta del cielo”, como reza en el dintel de entrada de algunos de estos monumentos: *Haec est Domus Dei et porta coeli*.

En medio de valles y significativos promontorios del terreno se levantaron piedra a piedra, contando con los precarios medios de la época, estos templos que fueron construidos para gloria de Dios. Si no tenemos en cuenta este hecho, nos resultará imposible comprender la realización de espacios tan bellos y armoniosos, porque la fe cristiana sólo cuando es auténtica se robustece en la medida en la que se trasmite a otros y, una forma de realizar esa transmisión es a través de estos monumentos pétreos que resisten a las inclemencias del tiempo y superan las ideologías de moda que surgen de vez en cuando pero no dejan huella de su permanencia; si acaso, tan solo queda el testimonio de las ruinas que dejan tras ellas.

Esto que afirmamos de manera general, acontece con la parroquia de San Martín de Sagra. Este templo, construido en las siempre hermosas tierras de O Carballiño, y mucho más durante el tiempo de otoño, nos sorprende por la belleza de su iglesia barroca. Al acercarnos a ella descubrimos su hermosa fachada llena

de equilibrio estético en la que encontramos la fecha de su construcción grabada en la portada, 1653. Ya en el tímpano de su puerta de entrada descubrimos algo muy original que es una lección catequética; esculpido en piedra aparece el anagrama IHS que es como una profesión de fe en el Señor de la Historia, en el Salvador de los Hombres, en aquel que es Alfa y Omega, Principio y Fin, al que originalmente se le dedica todo templo cristiano. Sólo, posteriormente, la devoción a los santos hará que se dediquen a ellos como signo de la piedad de un pueblo hacia aquel que consideran como el protector e intercesor que les llena de certezas para la vida cotidiana y de esperanzas para la futura.

Si nos situamos en la entrada del atrio de este templo, podemos descubrir cómo el espacio arquitectónico se organiza siguiendo un discurso esculpido en piedras labradas y, en la medida que ascendemos, nos encontramos con que a un lado y a otro del mencionado tímpano se encuentran, esculpidos en piedra, los escudos de los nobles protectores del templo. Coronando el vértice del mismo encontramos un óculo partido por el punto en el que se apoya en la cornisa y, más arriba, nos dejamos sorprender por una elegante espadaña con dos huecos para las campanas, que no son un adorno sin más, sino instrumentos necesarios para la llamada a los fieles, con la que se invita a la plegaria, o que acompaña con sus sentidos tañidos la despedida de los fieles difuntos.

Sagra es una parroquia muy antigua que tuvo su primer asiento en la que hoy es capilla de San Pedro en Bouteiro, dedicada al Príncipe de los Apóstoles, con una fábrica románica muy sencilla. La iglesia actual de San Martín de Sagra perteneció al patronato de los marqueses de Camarasa, título nobiliario gallego cuyas raíces se remontan a la época del Emperador Carlos V y que, debido a los avatares de la vida, terminó emparentando con los Sarmiento, condes de Ribadavia; de ahí que, en los laterales de la parte alta del retablo se encuentran esculpidas sus armas nobiliarias que hablan de la generosidad de sus donantes. En el interior, nos vuelve a sorprender la bóveda de casetones de la capilla mayor que nos habla de un arquitecto, que según algunos expertos, quizá haya que relacionar con el mundo monástico compostelano. La amplia nave posee un artesonado de madera, pero la arquitectura vuelve a reclamar nuestra mirada al reparar en los ángulos que suavizan el encuentro de nave y capilla mayor.

Si mucho nos sorprende encontrarnos en medio del mundo rural con templos tan significativos como el de Sagra, nos parece todavía más desconcertante descubrir en ellos hermosos retablos como el de la capilla mayor de esta iglesia. Nada más traspasar la puerta principal y, apenas pisado el umbral del templo, nos dejamos sorprender y, al mismo tiempo fascinar por un hermoso y valioso retablo mayor, de finales del siglo XVII, de estilo clasicista. Aunque no nos consta su autor, sin embargo, gracias a los libros parroquiales, sabemos que un tal Dionisio de Prexigueiro, vecino de Novas, fue el maestro encargado de pintarlo

y dorarlo; nos consta, además, que este trabajo fue concertado con el pintor el día 1 de abril de 1726, y por ello se pagaron 2.266 reales. ¡Qué importantes son los libros parroquiales! Gracias a ellos han llegado hasta nosotros tantos datos, tanta información valiosa que hoy nos resulta impagable porque nos acercan al conocimiento histórico de un pueblo y de sus gentes; de ahí que, cuando de forma desaprensiva, nos encontramos con que alguno de los responsables de los archivos parroquiales no cumplen con este deber, amparándose en los muchos trabajos pastorales, siempre les manifestamos –con motivo de la visita pastoral– que los libros parroquiales, también los de Fábrica, deben estar al día y, su cumplimiento, forma parte del encargo pastoral que se le encomienda y en el que se le indica que no son dueños y señores de un beneficio, sino custodios de los bienes no solo espirituales, sino también materiales de una comunidad parroquial. No cumplir con ello nos lleva a incurrir en un daño a terceros que, con el tiempo, resulta irreparable y muy difícil de evaluar.

Este hermoso retablo, propio de una catedral o de un gran monasterio, es de muy buena escultura; en sus calles, bien organizadas, se encuentran plásticamente representadas las devociones más queridas por aquella comunidad. En la calle del centro, preside el retablo San Martín de Tours, patrono y maestro. Aparece representado con los paramentos episcopales, sentado y bendiciendo, que es gesto de pastor y signo de la certeza de su valimiento y protección. San Martín es uno de los santos al que nuestras gentes siempre se acercaron sabiendo que nunca les dejaría con las manos vacías. De ese san Martín de Tours (+ 397), que primero fue soldado y después monje y obispo, cuentan que, en cierta ocasión, a las puertas de la ciudad de Amiens –siendo todavía soldado– compartió su manto con un pobre; durante la noche, Jesús mismo se le apareció en sueños revestido de aquel manto, confirmando la perenne validez de las palabras del Evangelio: “Estuve desnudo y me vestisteis... Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis” (Mt. 25, 36.40).

Los santos han sido para nuestro pueblo los portadores de luz a largo de la historia, porque fueron hombres y mujeres de fe, esperanza y amor, los mejores hijos de la Iglesia, siendo como eran de la misma carne que nosotros. Por eso, en este retablo, no falta la imagen de Nuestra Señora en el misterio de su Asunción, los apóstoles Pedro y Pablo, garantía de unidad y de catolicidad, a los que se unen los diáconos Esteban y Lorenzo y, como no, tampoco podían faltar, el seráfico San Francisco y San Sebastián, santo protector contra las pestes. En este año jubilar compostelano nos damos cuenta que también aquí, en Sagra nos encontramos con una imagen del apóstol Santiago, situado en un lugar preeminente, justo a la derecha de la Virgen María; a la izquierda se encuentra el otro Boanerges, san Juan. La devoción al Apóstol se hizo presente en casi todos nuestros pueblos.

El hecho de la presencia de las reliquias de Santiago el Mayor a unos quiló-

metros de distancia, casi llegando a la meta de la peregrinación jacobea y en un templo a muy poca distancia del Camino de Santiago, en su vertiente de la Ruta de la Plata, confirma una vez más la devoción antigua a este santo peregrino. En gran parte de la geografía diocesana nos encontramos con la presencia de esta devoción; uno de los ejemplos más representativos es la misma catedral de nuestro Señor San Martín, en la cual se percibe unas imágenes llenas de piedad y arte en donde se representa al Apóstol de acuerdo con sus diferentes formas iconográficas.

Rematando todo el conjunto del retablo nos encontramos con un crucificado y, a sus pies, una pintura de la ciudad santa de Jerusalén. Este conjunto de representación plástica es un testimonio, que perdura en el tiempo, de la fe vivida por un pueblo como el de Sagra, que ha llegado a nosotros gracias a la fidelidad de aquellos que a lo largo de la historia, y en nombre de la Iglesia, fueron sus administradores y custodios: sus párrocos. La belleza de este retablo fue recientemente recuperada gracias a las gestiones realizadas últimamente por el Rvdo. D. Francisco Lovelle Álvarez.

San Martín, como patrono de muchas comunidades parroquiales en nuestra Diócesis, y en toda la Iglesia en Galicia, tiene fiesta asegurada y derechos como el de figurar en la cruz parroquial de Sagra. Para mí, como Obispo de Ourense, es un don de Dios encontrarme con San Martín en tantas parroquias de esta Iglesia particular, empezando claro está por la Catedral, y así descubrir las señales más hermosas de la fe que hermana la belleza con la plegaria, los sacramentos –sobre todo la Eucaristía–, con la existencia cotidiana de los hombres y mujeres que habitan en estos pueblos. El San Martín de Sagra es como un vecino más que abre su casa para llenarnos el corazón de los mejores deseos de ser como él. No sin razón su amigo y biógrafo, Sulpicio Severo (363–425), escribió: Martín *no tenía en sus labios sino a Cristo, no tenía en su corazón sino bondad, paz y misericordia*, quizás por ello se entiende la oportunidad de la presencia en este templo del IHS del tímpano, y la lección que nos sigue impartiendo nuestro santo desde su imagen del retablo: luchar para que nuestras comunidades parroquiales se conviertan en esos ámbitos en donde mejore la convivencia, se asegure la vivencia de la caridad y así la bondad, la paz y la misericordia sean los mejores adornos de nuestros pueblos y de sus gentes.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Octubre

Del Sínodo Diocesano al Sínodo de los Obispos

Cuando en el año 2016 iniciábamos, con el favor de Dios, nuestro recorrido sinodal, que fue anunciado durante la Misa Crismal de la Semana Santa de 2016, con aquel lema “*Iglesia en camino*” –que también fue motivo de inspiración para una canción que nos está acompañando en estos últimos años–, lo que se buscaba no era realizar algo nuevo o extraordinario ni cambiar nada, sino avivar la fe, renovar la esperanza y acrecentar el ardor misionero de la Iglesia en Ourense, viviendo la experiencia eclesial de “caminar juntos, de caminar unidos”. Una vez realizada la convocatoria del Sínodo, se llevó a cabo durante un año y medio la fase preparatoria, que fue un proceso de información y de sensibilización a toda la comunidad diocesana. Como fruto de esta campaña, más de 3000 personas hicieron llegar a la Secretaría General del Sínodo propuestas de posibles asuntos a tratar. Quedamos muy sorprendidos por la respuesta, toda vez que nuestra Iglesia diocesana es pequeña y con una población bastante anciana. Teniendo en cuenta estas recomendaciones se aprobaron las cuestiones a abordar y dio inicio la fase de grupos sinodales. En torno a 2.200 personas –entre laicos, miembros de la vida consagrada y sacerdotes– participaron activamente en ellos, durante los cursos 2017–2018 y 2018–2019, reflexionando sobre los temas expuestos, agrupados en cuatro Instrumentos de trabajo elaborados por su respectiva Comisión técnica, y realizando propuestas para vivir, celebrar y anunciar con alegría la riqueza de nuestra fe cristiana, desde la fidelidad al Evangelio en un lugar y tiempo concretos.

En aquel momento, nadie nos hacía prever que su desarrollo iba a generar tanta ilusión y esperanza. Sin embargo, cuando en el horizonte parecía que se asomaba el momento de la Asamblea final y, por consiguiente, el inicio de una etapa nueva, quizás, el momento más comprometido para todos, que es la fase postsinodal, o mejor, del desarrollo del Sínodo en sentido estricto, es decir, llevar a cabo la traducción de lo reflexionado y acordado en un proyecto pastoral existencial que haga de nuestra Iglesia particular una comunidad orante, viva, que acompaña y sirve aquí y ahora y que quiere realizar el “sueño” de Jesús sobre nuestra tierra y sus gentes, apareció un inesperado obstáculo. Fue entonces cuando nos tocó vivir una pandemia –en la que seguimos inmersos–, que nos ha obligado a cambiar la planificación establecida, a interrumpir el buen ritmo de las reuniones de los grupos sinodales y, lo que es peor, a un doloroso confinamiento de varios meses, establecido por las autoridades, que ninguno había experimentado antes en su vida. En estos momentos, cuando parece que comenzamos a vivir “una nueva normalidad”

que muy poco tiene de normalidad, y que lo hacemos con mucha cautela y guardando los protocolos sanitarios establecidos, hemos vuelto a reactivar la actividad presencial del Sínodo Diocesano. El pasado 25 de septiembre, hemos llevado a cabo el estudio y reflexión del último tema que nos quedaba pendiente. En este mes, tendremos la última convocatoria el día 16. Y, un mes después, el 13 de noviembre, llevaremos a cabo la clausura de la Asamblea sinodal.

En esta situación, cuando trazábamos el esquema de la clausura de nuestro Sínodo Diocesano, nos encontramos con la sorpresa de que el Papa Francisco nos ha invitado a participar en el *itinerario del próximo Sínodo de los Obispos sobre el tema: **Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión**(...)* El mismo Papa es consciente de que *algunas Diócesis están implicadas en un camino sinodal local. Con la gracia de Dios se podrán encontrar modos creativos para articular dinámicas, agendas y prioridades diocesanas con la preparación del próximo Sínodo. Estoy seguro que nuestro común amor por Jesucristo y su Iglesia nos ayudarán a caminar juntos.*

Siendo consciente de que debemos acoger esta invitación y que el trabajo realizado hasta este momento nos puede ayudar a compartir testimonios y experiencias, que, si han sido válidas para nosotros, también lo podrán ser para aportar al Sínodo de los Obispos, os hago llegar, una vez más, la invitación que nos dirige el Santo Padre a los obispos de todo el mundo. Con ella, nos recomienda que, en un primer momento, nos unamos en la oración a este proyecto y participemos en la apertura de este Sínodo universal y nos pide, además, que lo hagamos en una Eucaristía solemne. Secundando los deseos del Papa, os invito a que participemos en la solemne Eucaristía que celebraremos (D.m.) en la Catedral de San Martín, el domingo día 17 de octubre, a las cinco de la tarde. Una Iglesia como la nuestra, que ha vivido tantas experiencias hermosas, sabe muy bien que “el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”. Ojalá respondamos con entusiasmo a este proyecto al que nos invita el Santo Padre.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Noviembre

El Sínodo: puerta abierta a la esperanza

El mes de noviembre es el “mes de santos” o de “los fieles difuntos”. En todo este tiempo, y siempre, nuestro pensamiento y las plegarias de nuestro corazón, así como las celebraciones eucarísticas a las que asistimos o presidimos es-

tán cargadas de ese recuerdo especial para con nuestros queridos difuntos. Este año haremos lo mismo, pero, en esta ocasión, por pura Providencia, ya que en principio no estaba previsto así, celebraremos la Clausura del Sínodo Diocesano 2016–2021. La experiencia sinodal vivida en nuestra Diócesis ha sido un regalo del Espíritu Santo. Sé que algunas personas opinarán de otra manera, ¡viva la libertad!, pero, objetivamente, lo que hemos vivido en Ourense ha sido un regalo de Dios. Sin embargo, quisiera recordaros que esta clausura no cierra nada, sino que abre una fase nueva de nuestro Sínodo.

Por otra parte, el periodo postsinodal, que inauguramos el 13 de noviembre, se inserta en los comienzos de la fase diocesana del Sínodo de los Obispos de 2023. Si la sinodalidad es el reto a cumplir por la Iglesia en este tercer milenio, gracias a la invitación del Papa a participar en el Sínodo de los Obispos, reflexionando sobre: por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión, se ha convertido en una ocasión propicia para dar mayor énfasis a las proposiciones de los grupos sinodales que están, todas ellas, impregnadas de ese espíritu.

Os invito a que, a partir de este momento, intensifiquéis vuestra oración por el Obispo, porque al acoger las propuestas que le habéis hecho, ahora cae bajo su responsabilidad la elaboración de un documento –las llamadas Constituciones Sinodales– que sirva a todos los hombres y mujeres de esta Iglesia para que, a través de él, el Espíritu Santo vaya trabajando en nosotros y nos haga fieles al querer de Dios y constructores, “mano con mano” y “caminando juntos y unidos”, de una nueva tarea evangelizadora. Os invito a que preparéis el oído de vuestro corazón y lo abráis a los sonidos del Espíritu. Es Él quien sale a nuestro encuentro por medio de la mediación de este documento que debemos esperar con optimismo y alegría, sabiendo que quien lo escucha, escucha al Padre. No nos dejemos atrapar por los “cantos de sirena” o por los comentarios críticos de los “profetas de calamidades”, vivamos un auténtico “apostolado del oído” –como nos aconseja el Papa– y, abriendo la inteligencia de nuestro corazón, a través de la lectura atenta y acogedora de las Constituciones Sinodales 2016–2021, escuchemos la voz de la Iglesia que, como Madre y Maestra, nos quiere hablar para iluminarnos en nuestro Camino Sinodal, porque ese es el estilo que debe marcar toda nuestra existencia creyente a partir del 13 de noviembre de 2021.

No conviene olvidar que este es un tiempo propicio para nuestra conversión personal. El Sínodo nos ha ayudado a descubrir que es muy importante escucharnos, que todos hemos tenido la ocasión de hacernos oír: ha llegado el momento de que todos juntos, unidos al sucesor de los Apóstoles que nos une a la comunión de la Iglesia, hagamos más cercana a nuestra Iglesia y la convirtamos en una familia de puertas abiertas y con un corazón samaritano. El Sínodo nos invita a ser testigos de la alegría del Evangelio que llena el corazón y la vida entera de los

que se encuentran con Jesús y, no nos olvidemos que, nos guste o no, la Iglesia es el rostro de Cristo.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Diciembre

Las Navidades del reencuentro

Al llegar estas fiestas tan entrañables, queremos dejarnos sorprender por ese Dios que, llegando al colmo de su amor por la humanidad, se abajó de tal modo que asumió nuestra propia naturaleza: se hizo hombre. Estamos muy acostumbrados a acoger esta verdad y no nos paramos a considerar que en sí misma es revolucionaria. Reconocer que todo un Dios se abaja hasta asumir carne humana, con lo que esto significa, ha sido, ya desde los primeros momentos del cristianismo, una verdad desconcertante. Reconocer a un Dios que crea por amor nos resulta hermoso; descubrirlo como Redentor de la humanidad nos sobrecoge; pero cuando lo contemplamos en un niño recién nacido, este acontecimiento llena nuestra existencia de una ternura infinita y lo descubrimos como un hecho insólito.

El verdadero sentido de la Navidad está en descubrir cómo el mismo Dios sale al encuentro de cada uno de nosotros y nos hace sentir hermanos y amigos de todos y de todo; porque también la misma naturaleza estaba expectante aguardando la manifestación del Hijo de Dios. Con la encarnación de Cristo todo lo humano ha adquirido un sentido nuevo y todo el cosmos se ha convertido en esa “casa común” en la que todos nos debemos encontrar como hermanos.

Desde hace más de un año, la aparición de la pandemia ha causado un grave deterioro en las relaciones personales y sociales. La tendencia natural a la cercanía y al abrazo ha quedado truncada por el temor a causar daño a las personas con las que nos encontramos o compartimos el camino de la vida. Toda medida de prudencia nos resulta insuficiente. Han sido y siguen siendo momentos todavía desconcertantes; a pesar de que, si las cosas no cambian para mal, este año sí podremos encontrarnos con los nuestros en Navidad.

Las navidades son unas fiestas muy familiares en las que los sentimientos de todos nos hacen sentir muy cercanos a los demás; sin embargo, no podemos dejar en el olvido a todos aquellos que ya no se encontrarán físicamente en torno a la mesa familiar, bien porque han emprendido la marcha a la eternidad, o porque viven más allá de nuestras fronteras. Pensemos, también, en tantos de nuestros conciudadanos que se encuentran lejos de sus países y en estas fiestas se llenan de nostalgia; o en aquellos otros que no tienen con quien vivir la alegría de la Navidad. Sabemos que muchas personas se encuentran solas y la Navidad será un

triste encuentro con la Tv, que será por momentos una adormidera de sentimientos encontrados. Esforcémonos por hacernos presentes, cada uno de acuerdo con sus posibilidades, con los hermanos y hermanas que se encuentran solos.

Como hijos e hijas de la Iglesia, que tiene entrañas de Madre, no nos olvidemos de convertir nuestra vida en un signo de ese encuentro de Dios con la humanidad. En medio del ruido, de villancicos y luces de colores, no nos dejemos atrapar el corazón por ese consumismo que, lanzándonos hacia fuera de nosotros mismos, nos vacía de lo que tenemos y no somos capaces ni de encontrarnos a nosotros mismos, ni de esforzarnos por convertirnos en ocasión de encuentro para los demás, de manera especial para los necesitados, los que se sienten abandonados, los enfermos, los privados de libertad, los que ejercen una ocupación que les impide estar en sus hogares el día de Navidad, los que viven instalados en su soledad. Que estas Navidades se conviertan en una ocasión propicia para que todos nos esforcemos por prolongar en el tiempo ese encuentro que Dios ha tenido a bien realizar con el ser humano, de manera especial representado en los más sencillos: los pastores. Pero, además, ese abajamiento del Dios que se hizo hombre, fue contemplado por las estrellas y cantado por los ángeles. Que aprendamos a descubrir en la naturaleza que nos rodea un querer de las manos de Dios. ¡Respetémosla!

Que este año, cuando pongamos el Belén o el Nacimiento en nuestros hogares, seamos conscientes de que cada una de esas figurillas debe convertirse en un despertador del amor de un Dios rico en misericordia que se hace “encuentro” para convertirse en Camino, Verdad y Vida de los hombres y mujeres de ayer, de hoy y de todos los tiempos, de tal modo que así podamos salir al encuentro de los hermanos. Sólo si actuamos así, os aseguro que estas Navidades del año 2021, al año siguiente de la aparición de la covid-19, que ha dejado atrás tanto dolor, enfermedad, miedo y muerte, serán para nosotros unas fiestas en las que celebraremos con un gozo indescriptible aquel momento en el que cielo y tierra se han unido en el corazón de un Niño que, acompañado por María y José, y los animales de aquel primer portal de Belén de la historia, abrió para la humanidad un camino nuevo y desconcertante: el camino hacia Dios.

Así lo deseo, y pido para ti, querido lector, y para todos los tuyos, una feliz y santa Navidad y, al mismo tiempo, suplico al buen Dios que nos conceda un año 2022, que seguirá siendo “Año Santo”, tiempo oportuno para crecer en plenitud y santidad de vida, sabiendo que sólo así se realizará el querer de Dios sobre todos. Os encomiendo en mis oraciones y os pido que recéis por mí.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense